

Poemas

Santiago Rodas

Bolsas de plástico

Bolsas de plástico,
vacías,
negras,
giran
entre remolinos invisibles
en la calle.

Una de mis tías
me explica cuándo
vendrán por ella
los extraterrestres.

Pienso
cómo será todo esto
cuando esté muerto.

La misma tía a la que le
asesinaron
un hijo de quince años.

Recorro
barberías de raperos,
remontadoras de calzado,
pollerías,
cajeros de Bancolombia,
discotecas de reggaetón.

En mi barrio
se regó el rumor de que
alguien descubrió un millón de pesos
en la basura.
Ahora casi todos miran,
con disimulo,
entre las bolsas.

Dicen que, buscando dinero así,
uno se encontró una cabeza,
sin su cuerpo.

Las bolsas siguen
girando
en la noche, por el viento.

Y la noche,
entre las bolsas,
gira
también.

Conversaciones en Medellín

El taxista me dice
que trabaja bajo presión.

Uno nunca sabe qué le pueda suceder al pasajero
que uno lleva, dice,
lo pueden matar ahí,
le pueden pegar un tiro ahí.

No respondo.

Se lo digo porque hace poquito
sacaron un cuerpo del río con veintidós balazos
y yo sé
y los policías también saben
que si sacan un cuerpo del río
es porque estaba robando motos. Motos, meros bólicos.
A los que roban motos los tiran al río.
Pero es que eso es sevicia, sigue,
Veintidós tiros es mucho,
con uno es suficiente, con uno bien dado
en la cabeza, ya. Chao con adiós.
Además, mire, por ejemplo,
usted está peleando con alguien
y esa persona, un sujeto, le deja un ojo morado
usted va y de la rabia y le pega un solo tiro,
lo mata, ya.

La clave es entregarse después
sin que el ojo le sane
para que le metan seis, siete años, no más.
Si le pega tres, lo meten diez años
a la cárcel,
y así sucesivamente, ¿entiende? ¿Sí entiende?
Por eso, si usted me pide un consejo
yo le digo que sólo le meta un tiro,
y no se eche pomada,
ni se ponga hielo en la herida.

Huella de agua

Sumerjo mi mano
en la corriente del río Pichindé.

Las agujas del frío
hieren mis poros.

La fuerza dócil del caudal.

Estampo la palma de mi mano en una piedra
que la fuerza del agua ha moldeado
a su antojo.

El sol y la luz
la secan lentamente
hasta desvanecerse.

Una noche en Campo Valdés

La fiesta, el 2012,
marihuana, alcohol, perico,
salsa y vallenato, besos, reggaetón,
cuerpos entumecidos.

Las seis de la mañana,
los dedos niños del sol
cuentan las tejas de los techos.

Los pájaros alebrestados espantan con sus
figuras lo que queda de la oscuridad.

Parejas bailan y mecen sus cuerpos
por toda la casa, el patio.

Las imágenes son tremendas frutas

Veo a una mujer
en la casa del lado
que riega las plantas,
no escucha la música. Nuestra música.
Imperturbables sus gestos aprendidos por los años
de cuidado.

Alguien me ofrece un pase de cocaína,
digo que no con la mano.
Estoy ocupado, pienso,
observando a la señora, las plantas,
su trabajo silencioso y exacto mastica mis ojos.

Otra mano me arrastra a la pista,
un vallenato aturde el ritmo interior en mi cabeza.
Piso las baldosas
que se deshacen
con cada paso que doy.